

La traducción y los traductores en algunas reflexiones de Gabriel García Márquez

En el Index Translationum, la base de datos de la Unesco que registra las traducciones de textos escritos, Gabriel García Márquez figura en el puesto 49, siendo el único escritor hispanoamericano que se encuentra en la selecta lista de los cincuenta autores más traducidos de la historia. A Gabo es posible leerlo en casi todas las lenguas del mundo que tienen un número considerable de hablantes.

El fenómeno de las traducciones siempre interesó al narrador colombiano. Él pensaba que la mejor manera de leer un texto era traduciéndolo y que entre un buen traductor y el escritor se forjaba un vínculo de complicidad. Tan convencido estaba de este precepto que durante mucho tiempo supervisó los procesos de traducción de sus libros hasta donde las barreras idiomáticas se lo permitieron.

García Márquez admiraba a los traductores porque consideraba que verter una historia a otra lengua era una tarea bastante difícil y avasalladora, en el sentido en que el traductor “debe hacer los mismos gestos y asumir las mismas posturas del escritor, le gusten o no”.

Como dice en algunas reflexiones:

-Cuando se lee a un autor en una lengua que no es la de uno se siente un deseo casi natural de traducirlo. Es comprensible, porque uno de los placeres de la lectura -como de la música- es la posibilidad de compartirla con los amigos.

-Admiro tanto a los traductores. Son más intuitivos que intelectuales. Y no solo reciben una paga miserable de los editores, sino que además su trabajo no se considera creación literaria. Me hubiera gustado traducir algunos libros al castellano, pero me hubiera insumido tanto trabajo como escribir mis propios libros, y no hubiera ganado suficiente dinero para vivir.

-Desde hace mucho traduzco gota a gota los Cantos de Giacomo Leopardi, pero lo hago a escondidas y en mis pocas horas sueltas, y con la plena conciencia de que no será ese el camino que nos lleve a la gloria ni a Leopardi ni a mí. Lo hago sólo como uno de esos pasatiempos de baños que los padres jesuitas llamaban placeres solitarios. Pero la sola tentativa me ha bastado para darme cuenta de qué difícil es, y qué abnegado, tratar de disputarles la sopa a los traductores profesionales.

-Me presentaron a un escritor japonés, muy bueno, del cual después seguí siendo amigo. Él empezó a hablarme de Cien años de soledad y a mí me entusiasmó mucho porque la había leído en japonés... Algunos de los libros míos traducidos al japonés no son traducidos del castellano, sino que tienen la edición en inglés y la edición francesa y traducen de dos traducciones. Me imaginaba qué podía quedar de aquello, pero hablé como dos horas con mucho entusiasmo y con mucha alegría con este japonés en francés de Cien años de soledad y el libro que él había leído era el mismo que yo había escrito. Entonces ya me despreocupé de eso y me alegró mucho y estoy absolutamente seguro de que lo que mis lectores leen en los otros idiomas, es el libro que yo escribí de todas maneras.